

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 61 ¿De qué modo los ángeles están presentes en la vida de la Iglesia?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 61 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿De qué modo los ángeles están presentes en la vida de la Iglesia? (334-336; 352)

La Iglesia se une a los ángeles para adorar a Dios, invoca la asistencia de los ángeles y celebra litúrgicamente la memoria de algunos de ellos. “Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida” (San Basilio Magno)

La principal mención que hace este Compendio del Catecismo: ¿de qué manera están presentes los ángeles en nuestra vida? Curiosamente es la liturgia. La liturgia es el momento en el que los ángeles están asociados a nosotros de una manera más vital, más existencial. Detrás mío tenéis una parte del conocido cuadro de la “Adoración del Cordero místico”, es un cuadro pintado en el año 1432 para el retablo mayor de la catedral de san Bavón de Gante, en Bélgica. Es una obra cumbre de los hermanos Hubert y Jan van Eyck. Lo que se observa, sobre todo en ese cuadro, es ver cómo toda la asamblea de la Iglesia, la que está peregrinando pero también la que está en el cielo, estamos asistiendo a la misma liturgia.

Cada vez que celebramos la liturgia, estamos participando de la liturgia celestial. Se une el cielo y la tierra en la celebración de la liturgia. Asistimos a lo que acontece en el cielo, en donde los arcángeles, los ángeles, adoran a Dios y al mismo tiempo, esos ángeles asisten a nuestra liturgia, haciéndola celeste. La liturgia pues, es un lugar clave en el que se visualiza la acción de los ángeles, porque ellos son adoradores y nos enseñan a adorar. Debemos, por los ojos de la fe, ver, constatar e intuir la presencia de los ángeles que nos enseñan a participar de la liturgia; sería una gran ayuda, para que nuestras participaciones sean más activas, más devotas. A veces estamos de cuerpo presente y de espíritu ausente en la celebración de la liturgia y sólo los santos ángeles, que están junto con nosotros en la celebración litúrgica, nos enseñan a introducirnos en ella.

Además de eso, dice este texto de San Basilio Magno: “Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida”. Existen los santos ángeles de la guarda. Celebramos su memoria a inicios del mes de octubre. La Sagrada Escritura refiere que los países, las naciones, tienen su ángel. Por ejemplo, en las revelaciones de Fátima, antes de la aparición de María a los pastorcillos, hubo previamente unas apariciones del ángel de Portugal. También existe el ángel a los pastorcillos para prepararles a la visión de María. Luego, también las naciones tienen los ángeles. También existen ángeles ministeriales, forma parte también de la tradición de la Iglesia decir que un sacerdote tiene también un ángel que cuida de su ministerio.

Es un misterio comprobar cómo estamos rodeados, protegidos por esa Providencia de Dios Padre. En el episodio de Getsemaní, (Lucas 22, 43) se habla allí del ángel de Jesús. Cuando Jesús estaba en Getsemaní, dice que se apareció un ángel que le consolaba. Era su ángel consolador, su ángel de la guarda, es impresionante. Se narra una referencia bella y hermosa de un niño que fallece, se hace presente en el cielo y que cuando entra, le pide a san Pedro, que él quiere conocer al ángel de Getsemaní que consoló a Jesús, y san Pedro dice, pues no sé, no me habían preguntado nunca por él. Y entonces, el niño allí, en su inocencia, pregunta por todas las esquinas dónde está el ángel de Getsemaní, y después de mucho preguntar, finalmente da con aquel ángel de Jesús, y en su inocencia le pregunta: ¿qué le dijiste a Jesús para consolarle en aquel momento en Getsemaní. El niño tenía ese deseo de conocerlo, sí, porque los ángeles de la guarda son también ángeles de consolación, nos dan la consolación, nos dan la fortaleza.

Por cierto, san Ignacio de Loyola, cuando habla en sus ejercicios espirituales de las consolaciones y desolaciones, habla cómo las consolaciones vienen de los espíritus angélicos, y cómo también las desolaciones vienen también de los ángeles caídos. Luego, saber distinguir lo que es consolación de Dios a través de sus ángeles, de lo que son las desolaciones en las que estamos siendo tentados de una desolación interior, de un vacío, de una sequedad interior en la que es el tentador el que nos quiere descarrilar. Forma parte también de ese don de discernimiento que tenemos que pedir a Dios: saber percibir cómo Dios cuida de nosotros a través de sus santos ángeles que nos protegen, que cuidan de nuestros pasos, que nos inspiran y en los que estamos recibiendo la divina Providencia de Dios Padre.